

revolucionaria de no estar de acuerdo con el cómodo cruce de brazos. Pero hizo siempre falta que esa semilla germi- nara convenientemente en los más jóvenes, en los que iban surgiendo a la luz de la Farola del Mar. Hubo, en cuanto a la presencia de los jóvenes en ese ámbito de la crítica literaria, un vacío muy profundo. Un vacío que cruzó por encima de varias décadas. Salvo esporádicas apariciones de diversos gritos destemplados, que fueron acallados con la misma rapidez con que aparecían, ni en los años cuarenta ni en los cincuenta ni en los sesenta pudimos recoger fruto alguno digno de mención. Eramos una tierra cálida por fuera y fría por dentro. En la cabeza de las islas no había sino «shorts», alemanas ligeras de ropa, gordas y sin divisas, porque los «tour operators» nos quitaron incluso el escaso pan que los emporios turísticos nos dejaban comer.

En este ámbito frivolidado, inconsistente, en el que el whisky resultaba más barato que el libro, y en el que cualquier droga resultaba más asquible que esa otra droga que se llama educación, el renacimiento cultural de la región devenía una utopía sólo acariciada por los que arrastraban el idealismo desde épocas cercanas a la derrota de Nelson frente a las costas atlánticas de Tenerife.

Parece que ahora la cosa va cambiando de signo. Es curioso: y cambia de signo cuando precisamente la situación socioeconómica del archipiélago es más dolorosa, cuando se ha convertido la región en una de las más desequilibradas del país. Sin embargo, la cultura resulta que renace. La preocupación por las vanguardias, la lucha por no quedarse al margen de lo que se hace en el mundo, todo lo

relativo a nuestro aislamiento secular se reconsidera y los esfuerzos por recuperar la respiración cultural ya se dejan sentir con una mayor potencia. Tradicionalmente, a estas islas se les ha atribuido el carácter de puente: puente entre América y Europa, puente entre España y África. Los discursos de los políticos visitantes tenían en ese carácter pontonero un lucido tema para sus exordios y para sus evocaciones. Y lo cierto es que no se han equivocado de una manera total. El carácter de puente existe, pero no existe por la situación geográfica, porque estamos al lado de África, en medio de Europa y América. Existe porque el canario ha sido un elemento aislado y ha querido comunicarse, recuperar la visión del mundo desde sí mismo y por sí mismo. Ha sido, entonces, un hombre de voluntad universal porque ha querido huir del aislamiento en el que le han sumido los factores geográficos y otros factores de diversa estirpe.

Este libro de Jorge Rodríguez Padrón, del que no nos hemos ocupado todavía porque el carro del manifiesto regional ha sido demasiado violento, es un ejemplo escrito de esa preocupación anti-aislante del canario. El profesor Rodríguez Padrón analiza a tres poetas de distinta procedencia, aunque bien es verdad que los tres son de raíz latina. Aparte de los materiales técnicos que Rodríguez Padrón usa, están, para llevar adelante el análisis, esas otras pinzas de la sensibilidad de un escritor canario que está acostumbrado a recibir, tamizados, estímulos culturales a los que ha de enfrentarse con aquel candor de la virginidad intelectual. Ese candor de Jorge Rodríguez Padrón es el que convierte la tesis general del libro en una tesis apa-

sionada, de modo que, como para él, para el lector «Tres poetas contemporáneos» resulta «una singular aventura literaria».

En el ámbito del libro mismo, digamos que Rodríguez Padrón se acerca a Paul Valéry a través de su obra más clásica, «El cementerio marino», en el que se halla el «ejemplo indiscutible del escritor que sabe mirar al mundo y sabe hacerlo aparecer ante el lector con la vitalidad y el impulso que —aunque sote- rraño— le imprime el hecho de que quien lo mire sea el mismo hombre que lo habita (...); el hecho de encontrar la exacta relación entre un determinado «espíritu» y el lenguaje».

La obra de Pavese es analizada por Jorge Rodríguez Padrón desde una perspectiva más poderosamente humana, porque efectivamente Pavese no permite el deslinde de las estructuras poeta y poema. La obra y la vida de Pavese son una única cosa, e incluso su suicidio en el número 49 del «Albergo Roma», de Turín, supone una ineludible consecuencia de su obra. Como el suicidio de Henry de Montherlant, el de Pavese era incluso previsible y coherente con su vida y con sus libros.

Al final de este libro hay una llave para la imaginación, para la revolución. Octavio Paz es el tercer tema y es la incitación a la rebeldía: Paz revela la inutilidad del lenguaje y esa propuesta desverbalizadora es la que, al final del libro, hace útil el monumento a la paradoja: el lenguaje «no es más que un eco burdo de un mundo y de unos ambientes en lenta y progresiva descomposición, a causa de una insistente e inútil repetición». En ese marco, el cuadro del suicidio de Cesare Pavese y la evocación tensa del cementerio de Valéry se realizan y tie-

nen todo su sentido de útil paradoja. ■ JUAN CRUZ RUIZ.

## El olvidado Betancourt

«¡Qué hermosa Andalucía», cuenta Baroja que exclamaba Agustín de Betancourt al recorrer los campos del Cáucaso. Baroja habla de este singular y no muy conocido personaje canario en la biografía dedicada a Juan van Halen, con quien Betancourt coincidió en la Rusia del zar Alejandro I. En Rusia llegaría a teniente general y sería nombrado ministro, realizando una obra gigantesca: estableció una escuela de ingenieros, mejoró los canales (tan importantes para el tráfico comercial en el imperio), fabricó una draga movida a vapor para la limpieza del puerto de Kronstadt, edificó una fábrica de papel moneda, impulsó la construcción de carreteras, etcétera. Su biógrafo, Aleksei Bogoliúbov, catedrático en Kiev, escribe a propósito de esta actividad: «Lo que él hizo en Rusia bastaría para llenar de sentido varias vidas». También antes había trabajado en España, donde estudió como becario y llegó a académico de Bellas Artes. Aquí contó con la protección de los ministros ilustrados de fines del siglo XVIII, y colaboró en la creación del cuerpo de ingenieros de caminos. Más tarde chocaría con el favorito Godoy y marchó a Francia. Allí, en 1808, presentó al claustro de la Escuela Politécnica un «Essai sur la composition des machines», obra alabada por el geómetra Monge, y que fue pionera en este tipo de estudios. Agustín de Betancourt (o Bethencourt) había nacido en Tenerife el año 1758. Murió en San Petersburgo en 1826, después de haber caído en desgracia ante el zar Ale-

jandro, su antiguo protector.

La biografía de Bogoliúbov (editada en España por «Seminarios y Ediciones» y traducida por José Fernández Sánchez) aparece con un prólogo de Julio Caro Baroja y un epílogo de José Antonio García-Diego. Caro ve a Betancourt como a «un europeo de su época, pegado a las oficinas públicas, a las grandes instituciones estatales... un «español fuera de su medio», «más fecundo como científico que dentro». García-Diego, que promovió la edición española de la no muy suelta biografía de Bogoliúbov (aporta ciertamente muchos datos, pero después de leída deja la sensación de que el personaje humano se le ha escapado por completo), señala una paradoja central en la vida del ingeniero canario: «científico y técnico de valía reconocida por los grandes de su época, este alto funcionario español y ruso fue, fundamentalmente, un escéptico sin ambición». Y más adelante añade: «Fue mitad cómplice, mitad víctima, como todo el mundo. Pero contribuyó como científico, como técnico y como educador, a una dinámica de progreso y libertad». ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## Los Médicis y el Fénix

Roland Barthes, Alain Robbe-Grillet, Claude Mauriac, entre otros miembros del Jurado del Médicis fueron este año fieles al espíritu del premio creado por ellos en 1958: «Paysage de fantaisie», la obra galardonada es de un autor joven (Tony Duvert, veintiocho años) minoritario, insólito, insolente y prohibido. Su novela —por decisión administrativa— no podrá ser exhibida en las vitrinas de las librerías con la clásica faja anun-

ciadora del premio, ni tampoco podrá ser vendida a los menores de dieciocho años, según la ley de las autoridades culturales.

Tony Duvert —¡para quien Jean Genet es un puritano!— no hace concesión alguna ni al público ni a ninguna clase de moral; reivindica la pornografía y la obscenidad e ignora todas las reglas de lógica discursiva, de puntuación, de gramática y de sintaxis.

Ningún prurito publicitario hay en su actitud. Tony Duvert vive recluido en una buhardilla del Barrio Latino, rehuyendo entrevistas y declaraciones, en particular después de la obtención del premio. Sus cuatro novelas anteriores y esta última son fruto de su soledad, de su rabia de escribir y de sus fantasmas (homo)-sexuales.

Semejante situación conoce el laureado del Médicis extranjero —premio añadido hace tres años al nacional francés—: Milan Kundera, autor checoslovaco, es también un exiliado interior, aunque no por las mismas razones. Nacido en Brno en 1929, Milan Kundera se inscribió en el PC checo en 1947. Se le excluyó en 1950, cuando las purgas estalinianas, siendo rehabilitado en 1965. Fue excluido de nuevo, y hasta hoy, en 1970.

Hijo de un gran pianista, fue obrero, músico y cineasta. Por su clase de Instituto de Altos Estudios Cinematográficos pasó toda la nueva ola del cine checo, y en ella, Milos Forman. Al fin se dedicó enteramente a la literatura. Actualmente vive, solitario, en el campo. Sus obras fueron retiradas de las bibliotecas y escribe únicamente «para el cajón».

«La vie est ailleurs», la novela premiada por el Médicis, es aún inédita en Checoslovaquia. Relata la irresistible ascensión de un poeta a quien su madre, auto-